



Educere

ISSN: 1316-4910

educere@ula.ve

Universidad de los Andes

Venezuela

Ugalde, Luis de
Universidad, valores espirituales y globalización
Educere, vol. 8, núm. 27, octubre-diciembre, 2004, pp. 523-527
Universidad de los Andes
Mérida, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35602711>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



UNIVERSIDAD, VALORES ESPIRITUALES Y GLOBALIZACIÓN

LUIS DE UGALDE

UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO

C TRASVASE

e la *globalización* podemos decir tres cosas que hoy parecen bastante claras. Es un hecho irreversible, la actual globalización lleva una fuerte carga de inhumanidad y de empobrecimiento de las mayorías y es necesario y posible otro tipo de globalización que sirva a la humanidad y que promueva el desarrollo humano compartido y sostenible entre los pueblos.

Los diez millones de latinoamericanos que estudian en las universidades son un formidable recurso humano potencial y una cantera para el nuevo liderazgo hacia sociedades latinoamericanas con desarrollo sostenible, equitativo y sin perder su especificidad cultural.

Para que esto sea verdad, las universidades necesitan comprender a nuestros países y el impacto de la globalización en ellos y preparar gente a fin de conducir estas sociedades a un lugar más humano en el mundo con una globalización distinta.

Para comprender la globalización y la tarea universitaria en ella hay que mirar simultáneamente a lo

último que produce el avance económico-tecnológico y a la evolución de la vida de las mayorías más pobres en nuestras sociedades.

La AUSJAL (Asociación de Universidades Confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina) en 1990 inició una discusión sobre su específica identidad y misión en América Latina hoy. Todavía reinaba en nuestras sociedades la euforia de una adhesión fervorosa a medidas económicas de ideología neoliberal. Una cosa son las necesarias medidas de ajuste y otra el fervor ideologizado que lleva a creer en su magia milagrosa.

Hace ya una década en el documento programático *Desafíos de América Latina y Propuesta Educativa AUSJAL*, luego de reconocer la necesidad de muchas de las políticas de ajuste económico, señalamos, sin embargo, que “*se simplificó la realidad social y cultural y se idealizaron recetas de corte neoliberal*”. (Desafíos N° 5).

Luego agregábamos:

Si las nuevas políticas económicas no integran debidamente las políticas sociales y se mantiene un divorcio entre las aspiraciones de la

población y los efectos de las duras medidas de ajuste, pueden llevar a algunos de nuestros países al borde mismo de la gobernabilidad, generando revueltas, repetidos estallidos de violencia y expresiones de descomposición social rayanos en la anomia, fruto de la injusticia y del malestar social. Aunque la lucha armada de base ideológica va cediendo en todas partes, aumentan estas nuevas formas de violencia. (Desafíos N° 6)

Finalmente apuntábamos hacia el papel de las universidades:

No se trata de ver las cosas con fatalismo para nuestros pueblos, sino de evitar toda ingenuidad acerca de los milagros del mercado y de las promesas electoreras de corte populista y de paternalismo estatal.

Precisamente, las universidades deberán convertir en eje de su estudio y formación la creación de las condiciones para que la apertura, la globalización y el mercado sean efectivos instrumentos de vida y no de muerte. Esto sólo se dará si las universidades toman decisiones lúcidas. (Desafíos N° 12).

No nos causa ninguna alegría ver hoy varios países conmocionados, luego de haber implantado con docilidad y fervor las medidas llamadas neoliberales. El camino al futuro debe abrirse paso entre dos abismos: el populismo con cierta tendencia estatista-paternalista y el neoliberalismo.

Quiero compartir con ustedes cuatro temas de reflexión: 1) Individualismo posesivo y solidaridad; 2) Competitividad, pobreza y empleo; 3) Identidades culturales e inspiración espiritual; 4) Estados nacionales, autoridad mundial y unipolaridad.

Individualismo posesivo y solidaridad

El éxito de la economía capitalista con un desarrollo tecnológico asombroso conlleva una cultura individualista que lo permea todo y va minando todas las realidades para cuya existencia exitosa es necesaria la solidaridad. No es que el “individualismo posesivo” se enseñe como una escuela filosófica, sino que lo penetra todo como un virus que acompaña a un programa que en sí puede ser beneficioso.

Aquí subyace una antropología que exalta el individualismo y transmite de alguna manera la idea de la

salvación por la posesión. Desde luego esto es absolutamente funcional a la economía cuyo problema principal hoy no es cómo producir más, sino cómo vender lo producido ilimitadamente. Para ellos el consumo es inducido manipulando las teclas de las aspiraciones y el horizonte humano es guiado hacia la “felicidad” que prometen determinados consumos. La idea de que si cada quien busca su interés y bienestar individual, se termina de producir el bienestar de todos, vuelve con la clásica “mano invisible” o sin ella.

En la antropología cristiana se expresan varias verdades sobre la condición humana:

1) Que el amor a sí mismo es además de un instinto básico un mandamiento moral: “ama al prójimo como a ti mismo”

2) Que nadie se puede encontrar a sí mismo, sino abriéndose a los otros para formar el “nosotros”.

3) Que la gratitud es una realidad constitutiva de nuestra existencia: somos un don de Dios y de los otros, recibimos gratuitamente de otros y para realizarnos necesitamos darnos a los demás.

4) Nuestra gratuidad nace de la gratuidad de Dios que hace posible y gratificante nuestra apertura a los demás y la apertura incondicional al don del mismo Dios. Finalmente, sabemos que el mundo sin esto es un infierno.

De ahí se sigue que la *solidaridad* con el otro, aceptado no como instrumento, sino como persona de valor absoluto, es una realidad de la que no podemos prescindir. Pero además la *solidaridad* para constituir y lograr el bien común, es una de las convicciones y realidades más necesarias en las sociedades y estados modernos. Más allá de la solidaridad entre parientes, se formula una solidaridad entre todos los que constituyen una misma nación con Estado.

La solidaridad se expresa en la Constitución, en las leyes, en la identidad común y en el hecho de que todos deben hacer aportes para los logros comunes (aportes fiscales, acatamiento de las leyes y sanciones, servicio personal como el militar, etc.)

Aquí el egoísmo y la solidaridad se encuentran. Con frecuencia la solidaridad no es voluntaria por gusto de ayudar a otro, sino que se trata de un *ilustrado egoísmo solidario*. Es decir, surge de la convicción de que a la larga no nos irá bien si le va mal a la mayoría de la sociedad. Esto hace que los mecanismos de solidaridad funcionen y permitan instituciones que distribuyan el bienestar y las oportunidades para lograrlo, aceptando, por ejemplo, en Europa que en nombre del bien común se nos quite todos los meses entre el 40 y el 50 por ciento de nuestros ingresos para presupuesto nacional común. Entre nosotros los porcentajes son menores, pero el hecho es el mismo.

Hoy lo común no se queda en la aldea, ni en la nación. Los problemas de medio ambiente, de la paz y de la pobreza, y convivencia, respetando la multiplicidad cultural y de identidades, son comunes a la humanidad. Pero todavía la conciencia de humanidad, más allá de las fronteras y diferencias de cultura, raza y religión, está en pañales. Es decir ha llegado antes la tecnología que globaliza los factores de producción y el mercado, que la espiritualidad, los valores y la cultura solidaria, que nos unen.

El “individualismo posesivo” exaltado, ideologizado, y sin relación dialéctica con la “solidaridad” y sin contrapeso en ésta, dificulta el bien común nacional y los mecanismos e instituciones estatales (y privadas) que nacieron de la solidaridad y la requieren. Más allá de las fronteras, ese individualismo está dificultando el surgimiento de una conciencia y de una autoridad, ciertamente moral, pero también con poder y recursos para velar por el bien común de la humanidad, amenazando hoy como nunca antes.

Las universidades, con más razón las de inspiración cristiana, deben cultivar la solidaridad desde las dos vertientes: desde una labor que lleva a ilustrar el egoísmo a fin de que descubra la importancia de la solidaridad de sus instituciones y de la salvación del conjunto (nacional o internacional) para la salvación individual. Si el barco nacional, o internacional, naufraga, perecemos o sufrimos todos. La otra vertiente de la solidaridad que nace de la gratuidad y que nos lleva a afirmar al otro como otro y a buscar el bien de él simplemente porque sí, sin otra razón utilitaria.

La formación universitaria para la solidaridad será sólida y consistente si pasa, como dice el P. Kolvenbach, por la cabeza (comprensión intelectual), el corazón (los afectos y las emociones) y por las manos (la acción). Si esto no se logra la revitalización de lo público, la política y la convivencia nacional peligrarán desgarrados por el empobrecimiento de muchos, la falta de oportunidades para los jóvenes y por la creciente brecha entre ricos y pobres, que impedirán reconocerse como sumadores de esfuerzos para un bien compartido como nación.

Competitividad, pobreza y empleo

Es un lugar común y una evidencia que la pobreza en América Latina sigue creciendo y que afecta a la mitad de la población. No se trata sólo de la pobreza tradicional, indígena y rural, sino de “neopobreza”, la de aquellos que tuvieron empleo y lo perdieron, la de quienes quedaron al margen de la competencia mundial y fueron víctimas del cierre de la empresa o de su reconversión. El hecho es que América Latina está perdiendo esta carrera y que incluso en los países como Chile donde ha habido crecimiento

sostenido y reducción de la pobreza, la brecha entre los extremos ricos y pobres se acentúa. En un mundo globalizado la competitividad, la pobreza y el empleo están relacionados. La manera de salir de la pobreza es a través de un empleo cualificado, pero éste es casi imposible si el nivel de preparación y de educación de los trabajadores no adquieren niveles internacionalmente competitivos.

Desde luego la competitividad de la empresa no depende sólo ni principalmente de los trabajadores, sino de las inversiones, de la tecnología y de la gerencia para lograr la eficiencia.

Esto lleva a la universidad latinoamericana a revisarse profundamente y a reexaminar su relación con el conjunto del sistema educativo, sin defender unos privilegios, enfrentándose por ejemplo, a la educación básica. La universidad en cierto modo tiene que volver a ser tutora de todo el sistema educativo, como lo entendió el gran fundador de la universidad chilena, el venezolano, D. Andrés Bello.

Se requiere una universidad que con un ojo mire al sistema educativo y con el otro al sistema productivo (incluidos la calidad de la producción ciudadana y lo público). La formación de emprendedores y la responsabilidad social del empresario son urgencias que deben ser explícitamente contempladas en la universidad actual. Por eso, estos puntos forman parte central del Plan Estratégico AUSJAL aprobado el año pasado.

Ciertamente no es posible generar empleo de calidad sin cuantiosas inversiones, pero no toda inversión genera empleo. Muchas veces más bien lo reduce. Por esa razón la inversión y el crecimiento económico sostenido son imprescindibles, pero no suficientes; hay que calificarlos también en relación con el empleo y la equidad.



Identidades e inspiración espiritual

La Universidad en el siglo XIX se desarrolló como el templo de la razón. La razón exitosa autosuficiente; la que por la ciencia y la tecnología, iba a liberar al mundo del oscurantismo, de la pobreza, e incluso de las guerras, conflictos y miseria humana. Tanto la corriente liberal como la marxista, consideraban que la ética y la bondad derivan únicamente de la razón y que las leyes racionales y su inexorable aplicación producirían el paraíso terrenal y el bien que la libertad humana y la responsabilidad no lo pueden lograr.

La historia muestra otra cosa: la razón y sus productos son ambiguos y dependen de la responsabilidad y la libertad humana el que sean utilizados como instrumentos de vida o muerte. Hay más, el corazón humano tiende a absolutizar los saberes, poderes y haberes y convertirlos en ídolos. Todo ídolo (religioso o secular) exige sacrificios humanos. La única fuerza que nos hace capaces de derribar a los ídolos y convertirlos en instrumentos de vida, es el Dios amor. No cualquier dios sino el Dios-Amor.

En consecuencia la Universidad no puede creer ingenuamente en la razón, ni defenderla como única fuente del saber y del “bienhacer” humano. Para transformar el mundo y humanizarlo es imprescindible la inspiración espiritual como origen fontal de la ética, de los valores, de la visión de la vida.

Sólo que no puede ser una religión impuesta, ni una adhesión fundamentalista, de secta, que excluye y rechaza a los que son distintos. Vemos que Jesús rompió con los fundamentalismos religiosos que le impedían tratar con los samaritanos y censuró a los apóstoles que pedían fuego para arrasar a los habitantes del pueblo que no los recibieron bien. Jesús dice, no los castiguen, pues si no están contra nosotros están con nosotros.

Por ello la Universidad ha de ofrecer oportunidades para el crecimiento espiritual, para el diálogo con otras religiones y culturas. Una espiritualidad con la que no nos alejamos de los demás, menos aún de aquellos que son excluidos por la sociedad y las dinámicas antihumanas operantes en ella, sino una espiritualidad que nos lleva a descubrir, a amar y a servir al otro como otro. “En todo amar y servir”, nos diría S. Ignacio. Un amar y servir dotado de instrumentos, dotado de saberes, de haberes y de poderes o totalmente indefenso.

En este mundo globalizado y de fundamentalismos enfrentados a muerte, la Universidad de inspiración cristiana tiene que brindar sus tesoros espirituales a una generación desorientada. Sin olvidar nunca que “el amor se muestra más en obras que en palabras”.

Estados nacionales, autoridad mundial y poder unipolar

Los estados nacionales son expresión del pacto social e instrumentos del bien común nacional. La solidaridad es la base misma de su existencia. Su naturaleza defensora de los objetivos comunes de la nación, desarrolló en el último siglo su papel social en la dotación de educación, servicios públicos de salud, de justicia, de seguridad social, de seguridad ciudadana, etc. Además tiene un claro papel (con acentos cambiantes) en la regulación del funcionamiento de las iniciativas privadas y de la empresa. Hoy el Estado nacional es desbordado por arriba y por abajo. Por arriba, los organismos multilaterales, las asociaciones supranacionales, como el MERCOSUR, la Comunidad Andina o la Unidad Europea, o proyectos como el ALCA que dan nuevos matices y posibilidades a la soberanía nacional y a la interdependencia. Así mismo el poder y el flujo financiero global, y las transnacional, condicionan fuertemente a los Estados y con facilidad pueden poner en crisis a los gobiernos.

Esto hace que deban ser reexaminados el papel y las posibilidades de los Estados nacionales. Parece que nuestras sociedades requieren más que en el pasado de un Estado que los fortalezca, y decididamente incremente los activos de los trabajadores y de los más excluidos, para que dejen de serlo a nivel nacional e internacional.

Sin embargo, hay el gran peligro (no solamente remoto y teórico) de que el Estado nacional termine siendo correa de transmisión de las políticas de organismos multilaterales y se limite a crear las condiciones óptimas para las inversiones transnacionales. Por ello, se requiere repensar y actualizar el Estado y su potencialidad para fortalecer a los más débiles, dotarlos de oportunidades y elevar la eficiencia, la competitividad y la capacidad de negociación del conjunto nacional. Una visión liberal sin matices llevará al desastre nacional y es muy contraria a lo que hacen países como Estados Unidos cuando sus intereses económicos están en juego y requieren protección. Están a la vista sus medidas de protección y de subsidio a la industria del acero y a las empresas de turismo y de aviación, luego del crimen de las Torres Gemelas de Nueva York.

Más allá de eso, el mundo necesita una visión compartida de bien común de la humanidad dotada de autoridad moral y de recursos para enfrentar, sobre todo, los temas comunes de la preservación y cuidado del medio ambiente, el combate de la pobreza y la búsqueda de la paz, respetando las identidades propias de un mundo plural. En este sentido, la búsqueda de efectiva autoridad mundial hoy es análoga a la que se plantearon muchos países europeos a

fines del siglo XIX en relación con el Estado nacional en países cuya unidad y paz estaban amenazados por el mercado liberal, sin límites ni controles. El Estado y el mercado se han manifestado como indispensables para un desarrollo humano equilibrado y sustentable. Así mismo hoy se requiere una autoridad mundial que vaya mucho más allá de las Naciones Unidas que se crearon hace más de medio siglo y son bastantes inoperantes hoy.

La autoridad mundial no es lo mismo que el poder mundial; éste indiscutiblemente se encuentra en Estados Unidos. Usado de manera unipolar para defender sus propios intereses y demonizar a otros, no contribuirá al equilibrio mundial, ni al desarrollo sostenible ambiental, económica y socialmente.

Los Estados nacionales fueron claves en el trasvase solidario (no de mercado) de recursos de los que más tienen a los que no tienen, a fin de que estos tengan educación, salud, seguridad, etc., que les brinden oportunidades; hoy también se requieren trasvases (más allá del mercado) para potenciar a los débiles de la Tierra. La política de la Unidad Europea con el trasvase de muchos miles de millones de dólares para nivelar hacia arriba a sus regiones más pobres, es un ejemplo más de solidaridad interesada.

Al mismo tiempo, se están desarrollando diversas formas (en movimientos religiosos, culturales, etc.) de solidaridad espiritual y humana entre países ricos y pobres. Esta deberá tomar formas más efectivas y amplias. Las numerosas protestas recientes que con frecuencia parecen

censurables, apenas son la tímida aurora de iniciativas todavía más amplias que se volverán más y más constructivas.

Por todo esto, la universidad latinoamericana tiene una inmensa tarea que cumplir. Solamente podrá hacerlo si reconoce su propia ambigüedad en el sentido en que los señalaba AUSJAL en el documentos *Desafíos*:

Vamos a vivir en estas últimas sociedades del siglo XXI con numerosos y graves problemas de sentido y de calidad humana de vida producidos en buena parte a causa de los éxitos de un tipo de cultura, de ciencia, de tecnología y de economía que han modelado física y espiritualmente toda la atmósfera. Así, los problemas no son premodernos, sino postmodernos; incluso, en América Latina".

De acuerdo a su propia inercia, la Universidad tienen a reproducir, reforzar, y transmitir esa cultura y esa ciencia con las cuales la vida humana va perdiendo calidad. El joven de hoy, por un lado aprende en la Universidad a ser soldado competente y exitoso en esta guerra, que ya no es unilateralmente guerra contra todo lo antihumano que hay en el subdesarrollo racional e industrial. Por el contrario, también es soldado portador de una guerra antihumana en muchos y graves aspectos, que trae la implantación del desarrollo economicista y secularista. (Desafíos N° 57 y 68).

De ahí la necesidad de que la universidad discierna y sea un centro en el que se aprende a discernir. (E)

Tomado de Quadernos/Noviembre 2002

c LE FALTA ALGÚN NÚMERO DE **educere?**

**Adquiera los números de EDUCERE,
la revista venezolana de educación
llamando por el teléfono: 0274-2401870 o enviando
su requerimiento por educere@ula.ve**

Números disponibles: 3 y del 6 al 27



Oxígeno, valores y desarrollo

MASSIMO DESIATO

Un intento de comprensión del proceso de cambio que acontece en el país pasa por tratar de entender modos de conducta y las interacciones sostenidas por los actores sociales y políticos. En particular, resulta interesante resaltar cómo ciertos valores y normas son imprescindibles para que el cambio impulse un desarrollo sostenido. De hecho, el funcionamiento satisfactorio de una economía moderna, productiva y eficaz, requiere de una ética que le sea propia.

Cuando estos modos de conducta éticos son abundantes, es fácil que pase inadvertido su papel. Pero cuando hay que cultivarlos, esa laguna puede constituir un importante obstáculo para lograr el éxito económico. En efecto, existen muchos ejemplos de los problemas que tienen las economías deprimidas debido al subdesarrollo de las virtudes básicas. En resumidas cuentas, el desarrollo económico supone un desarrollo ético. El problema radica en que un código básico de buena conducta de los agentes económicos es algo así como el oxígeno: sólo nos interesa cuando no existe.

A grandes rasgos, parece necesario generar otro sistema de instituciones y de códigos con su propia lógica y lealtades que quizás sean muy corrientes en las economías exitosas, pero que resultan difíciles de instalar de repente como parte de una planificación estatal. Estos cambios pueden demorar bastante tiempo.

De todas formas, la importancia de las instituciones y de los modos de conducta quedó bastante eclipsada en todos aquellos países en los que la oleada de entusiasmo suscitada por la magia de los procesos de mercado, supuso que el proceso iba a ser automático. Igualmente puede decidirse de todo proyecto político “revolucionario” que no tome en cuenta estos modos de conducta, en el sentido de que, mas allá del tipo de reforma que se deseé impulsar, hay que tener presente la clase de interacción manifestada por los agentes sociales.

Los países en vías de desarrollo tienen, entonces, que prestar atención no sólo a las virtudes de la conducta prudente sino también al papel de algunos valores complementarios, como crear y mantener un clima de confianza, evitar las tentaciones de la corrupción general y hacer de las garantías un sustituto viable de la aplicación punitiva de la ley, que por lo demás puede estar igualmente “relajada”.

Del conjunto de problemas más relacionados con los modos de conducta e interacciones deficitarias, es importante destacar los vínculos existentes entre la corrupción económica y las “mafias” y “roscas” de todo tipo. Porque de hecho hay algunas funciones sociales que una organización del tipo de las “roscas” puede desempeñar en sectores en cierto modo “primitivos” de la economía para defender las transacciones mutuamente beneficiosas. Los roles de ese tipo de organización dependen de manera extraordinaria de los modos reales de conducta presentes en la economía legal y sumergida.

Cuando el Estado es poco eficaz o, en todo caso, su ejercicio lento y limitado, y cuando no existen valores básicos como el cumplimiento de las promesas, la transparencia, la confianza y la honestidad, las “mafias” y “roscas” prosperan porque velan por el cumplimiento de lo acordado y generan las “garantías” necesarias para la ejecución del proceso económico. Estas organizaciones reemplazan las funciones de la ética.

Difícilmente saldremos del círculo vicioso en el cual nos encontramos sin una modificación de los valores básicos de la interacción. Los agentes sociales y políticos se sucederán los unos a los otros sin que haya un verdadero cambio. Esto es así, porque los agentes actúan sobre la base de la interacción misma. Una auténtica revolución exige, antes bien que un cambio político, una modificación de los modos de conducta disfuncionales respecto al desarrollo.

El camino transita por un proceso educativo que no puede limitarse sólo a la escuela, sino que ha de involucrar otras instituciones básicas como la familia, la empresa, la administración pública. A la vez, no se puede intervenir sobre esta interacción como un todo, pues eso, además de ser poco viable, conduce bien pronto al totalitarismo. Debemos, entonces, emprender una modificación puntual de los espacios sociales, teniendo como centro de gravedad aquellos sectores que aún tienen “oxígeno”.